

Escuelas Salesianas de
Formación Profesional

JUAN XXIII

ALCOY (Alicante)



Queridos Hermanos:

Os comunicamos, con pesar y gozo a la vez, la muerte del salesiano sacerdote

Don Francisco Javier Vallés Obiol

que descansó en la paz del Señor el 9 de junio de 1985.

Don Francisco Vallés nació el 30 de noviembre de 1905 en Alcalá de Xivert, provincia de Castellón. Era el cuarto de los hijos de una familia trabajadora, que muy pronto se trasladó a Badalona en busca de mejor acomodo. Sus padres se llamaban José y María, que inculcaron sólidas bases de vida cristiana en el corazón de Francisco Javier. Este, apenas cursadas las primeras letras, siendo todavía muy niño, se puso a trabajar en las fábricas de vidrio y de cristal, y más tarde en una de galletas, de Badalona.

Por entonces, de su hermano mayor, aprendió a componer muñecos e imitar sus voces. Esta cualidad, que en breve la desarrolló con suma habilidad, fue uno de los resortes más sólidos de su característica personalidad a lo largo de toda su vida.

Frecuentó el Oratorio Festivo de Badalona. La labor desarrollada por aquellos salesianos, que iban allá desde la Casa de Sarriá, le cautivó de tal manera que quiso ser como ellos. No se atrevía a pedirlo a causa de su edad algo

avanzada y porque, en su sencillez, le parecía no tener las cualidades necesarias. Hasta que uno le propuso: «¿Por qué no te haces salesiano?». Fue para él una revelación. Al día siguiente habló con el Inspector. Así, con sus años a cuestas, con poco o ningún bagaje intelectual, pero con una voluntad enorme, fue a estudiar el latín a Campello en el 1926.

Cuando llegó al Seminario, sus compañeros, compañeritos aspirantes, le tomaron por el maestro, y, cuántas veces contaba él mismo, los de primer curso se frotaban las manos viendo que iba con ellos: era tan simpático y jovial... Pero también con ellos entró el maestro-maestro, quien delante de todos le señaló su asiento: «Siéntate en ese banco». Los pequeños aspirantes se quedaron contrariados y disgustados; le hubieran preferido a él de maestro. Y Francisco Javier, con toda humildad y paciencia, empezó a declinar el rosa rosae.

Conservó un recuerdo imborrable de los cuatro años de Campello. Su formalidad, su criterio, su bondad, no menos que sus años, le dieron una enorme madurez, y, apreciado por todos, se encontraba feliz en aquel ambiente.

Hizo el noviciado en Gerona, profesando el 30 de julio de 1931, y allí mismo cursó los estudios filosóficos, yendo después a hacer el trienio práctico a Sarriá desde el 1933 al 1936 en que estalló la guerra. Entre los muchos destrozos de aquellos aciagos años él perdió sus «muñecos»... y un tiempo muy precioso para los estudios.

Terminada la guerra en el 1939, estudió toda la teología entre Carabanchel Alto, Campello y Sant Vicenç dels Horts en dos años y medio, aprovechando también los veranos. Así, el 30 de noviembre de 1942, cuando cumplía sus 36 años de edad, era ordenado sacerdote en Pamplona, por el Obispo Capuchino Mons. Oláiz y Zabala.

A los aspirantes de Sant Vicenç consagró las primicias pastorales de su sacerdocio el curso 1941-42. Luego, estuvo en la Casa de San Vicente Ferrer de Alcoy desde 1942 al 1952, como catequista los primeros años y director los tres últimos. En la Parroquia de San Juan Bosco de Barcelona, del 1952 al 56, encargado del Oratorio. En la Casa de Andorra de Teruel del 1956 al 1974, de «Incaricato» y Director. Finalmente, en esta de Juan XXIII de Alcoy, hasta su muerte, ayudando en todo lo que podía, sobrellevando con garbo y paciencia la arteriosclerosis mental, que implacablemente le iba minando la memoria.

«Corazón oratoriano»

Don Francisco Vallés fue en nuestra Inspectoría el prototipo del «Corazón oratoriano» como lo proclamó en la Concelebración del Funeral el P. Inspector. Se diría que le nacía de dentro, como por instinto natural. Su propia vocación salesiana germinó, cuajó y dio fruto en un Oratorio, el de Badalona. Toda su vida salesiana la proyectó desde este carisma peculiar. Simpático, alegre, cercano, ocurrente, capaz de sacar una amena conversación hasta de lo más sencillo e infantil, para plantificar a la postre un pensamiento de Dios.

Sencillo y llano hasta el extremo, no es que le pesara la autoridad, ni en los años que fue Director; pero tampoco movía un dedo para apuntalarla. Es significativo, y muy propio de él, que en una ocasión, terminadas las oraciones de la noche, estaban los Hermanos de la Comunidad esperando a que el Director diera las «Buenas Noches». El también esperaba, hasta que después de un rato, dándose una palmada en su ancha frente, soltó: «Pero si el Director soy yo. Ave María Purísima».

Humildad y sencillez

En este trabajo de santificación le ayudó enormemente su espíritu de humildad y sencillez: «Yo soy una nulidad absoluta». A propósito de unos Ejercicios Espirituales, escribía: «A mí me hubiera gustado más en completo silencio. A los demás les parece mejor así y parece que están contentos. Seré yo el que esté equivocado, que es lo más probable, porque entre todos los Directores no hay otro más ignorante». Y quería sacar del Señor toda la fuerza para obrar el bien: «Jesús ¿verdad que no te importunamos mucho llamando a la puerta de tu corazón? Parece que lo queremos hacer todo nosotros solos sin contar contigo... ¡y pensar que tú cuentas con nosotros!».

Se encontraba a gusto con la gente sencilla, trabajadora. En todas las casas trabajó alegre y a fondo, pero siempre sintió especial predilección por la de Andorra de Teruel. Allí estuvo diez y ocho años seguidos, hasta que se cerró la Casa, como Director y Superior insustituible, querido entrañablemente por los hijos de los mineros, por los mineros mismos y por toda la gente del pintoresco lugar que lo nombró hijo adoptivo y le dedicó una calle.

En una ocasión se hacía esta reflexión: «¿Has pensado en la diferencia que hay entre tu trabajo y el de uno de esos mineros, que, para llevar el pan a su casa, pasan su vida en las entrañas de la tierra? Dios mío, ¡y muchos sacerdotes nos quejamos del trabajo que hacemos por Vos!».

Cuando se enteraron de su muerte en Andorra de Teruel lo lloraron como a un padre. La Misa que celebraron por su eterno descanso fue emocionantísima y acudió el pueblo entero. El se había hecho todo para todos. Y todos se sentían obligados a la gratitud.

María

Tenía una confianza ilimitada en María Auxiliadora; le escribía con frecuencia cartas llenas de sencillez filial; predicaba con entusiasmo sus fiestas. Le rezaba constantemente. Y cuántos rosarios brotaban de sus labios al par que de sus manos, pues tenía una habilidad extraordinaria para hacerlos de todo tipo de semillas: este era su trabajo absorbente en los últimos años de su vida, libre de las clases y del ministerio. «Y lo que saco, para las Misiones».

Dos meses antes de morir, en una fiesta familiar de la Comunidad lució por última vez sus muñecos: cómo disfrutó él y cuánto hizo gozar a los Hermanos. Terminó cantando en catalán la canción, un tanto romántica, de «La Mare»: se la tomamos en cinta magnetofónica, con el final coreado a pleno pulmón por todos.

Una angina de pecho, un infarto de miocardio, le llevó a la última semana de su existencia. «¿Cuándo me llevarás contigo, Señor!» lo había repetido tantas veces en su vida... Ahora ya en el lecho de la muerte «Cuánto me he alegrado cuando me han dicho: Vamos a la Casa del Señor». Y alegre, alegraba a los hermanos y alegraba al P. Inspector, que le impartió la bendición de María Auxiliadora, bromeando todavía con su «Pepito y Bartolo».

«Dejad que los niños se acerquen a mí». Así, el sencillo, el humilde salesiano, el niño de setenta y nueve años Francisco Javier Vallés, recibía el abrazo eterno de Jesús el 9 de junio de 1985.

En la numerosa Concelebración del funeral, en medio de tanta gente, mudos ya para siempre, junto a la caja fúnebre, estaban los muñecos de Don

A algunos, a lo mejor, les pareció demasiado sencillo aquel Director; a algunos de dentro y de fuera, más pendientes de la seriedad de las filas y del alto nivel de los estudios, que de la alegría de los patios y la risa de los corazones. Y aceptó el cambio de cargo y de Casa con enorme sencillez y naturalidad.

Es revelador: cuando con el paso de los años y el avanzar de la arterosclerosis se olvidó de muchas cosas, no llegaba a coordinar que había sido Director del Colegio de Alcoy. Cariñosamente se lo recordábamos nosotros, pero él se quedaba con la suya: «Sí, sí. Director de teatro y cuántas funciones hacíamos entonces, y cuántas noches pasábamos ensayando y luego pintando decoraciones». Siempre guardó gratísimo recuerdo de Alcoy.

De Director del Colegio de Alcoy fue a encargado del Oratorio de la Parroquia en ciernes de San Juan Bosco en Barcelona. Antes de partir se hacía esta reflexión: «No estaré solo; tú, Jesús, estarás conmigo».

Y de nuevo, y de lleno, inmerso en el mundo singular del Oratorio, buscando, llamando, organizando, entreteniendo, entregándose..., alegre, simpático, ocurente, lleno de imaginación e inventiva...

Mundo interior

Pero tendríamos una idea muy lejana de la real, si nos detuviéramos en la corteza, en la mera apariencia de su personalidad al parecer tan extrovertida.

Hay que adentrarse en su vivencia religiosa y salesiana para descubrir el manantial de donde brotaba como natural aquella actitud de entrega total, de optimismo salesiano, de disponibilidad a tiempo pleno, de trabajo incesante, de multiplicar iniciativas, de horas y horas arrancadas al sueño y entregadas alegremente sin pasar factura, de aquel olvido de sí mismo, de aquel morir y enterrarse como el trigo... Ese manantial, fue su intimidad con Cristo y con la Virgen.

Es asombroso contemplar, a través de sus escritos, la interioridad de este hombre tan pródigo y polifacético en su forma exterior. Se sentía existencialmente inmerso en Cristo, con unas relaciones de amistad profunda con El y con su Madre: «Renuevo el propósito que hice en Campello de que mis amigos serían Jesús y María. Ayudadme a ser santo».

Seguramente que Don Francisco nunca se planteó en el terreno existencial de su vida salesiana la cuestión de la primacía entre consagración y misión. Fue un religioso amigo de Jesús volcado a los demás: le sobraba cualquier distinción.

En él, el amor a los jóvenes fluía íntimamente, por su misma naturaleza, del amor de Dios. Sus relaciones de amistad con los jóvenes eran el fruto precioso y natural de sus relaciones de amistad con Dios, como lo demuestran sus diálogos sencillos y cordiales con Cristo vivo o con la Virgen María: «Ayudadme a hacer mucho bien a tantos niños». «Dadme más fuerza y más espíritu de Don Bosco para tratar con los niños». «Os doy gracias porque me habéis traído a una Casa (Alcoy) donde se trabaja mucho y no se tiene tiempo para perder. Haced que sepa aprovecharlo para el edificio de mi santidad».

Sostuvo y superó, como buen soldado de Cristo, fuertes luchas interiores. Cómo acudía entonces a María y con qué tenacidad se mantenía en la amistad divina. Su actitud de sencillez y alegría hacía parecer fácil y natural lo que en realidad era arduo y sobrenatural. Vivir alegres y hacerse querer es bonito y simpático; pero puede no ser santidad: él tuvo constantemente presente el esfuerzo ascético y conjugó perfectamente la pedagogía del dominio de sí mismo, haciendo suyo el lema de «Trabajo y Templanza».

No era raro que, mientras el buen Director se encontraba en el patio, rodeado de muchachos para quienes con habilidad extraordinaria componía flautas de caña, monigotes de papel, figuritas de alambres, sombras chinasas con las manos, al par que contaba chascarrillos..., no era raro, que se acercara al grupo algún señor de la ciudad y observara entre extrañado y curioso la figura singular del curita ventriloco, que sacaba de su arca interior voces amigas de «Pepito y Bartolo» o la de ultratumba de «Canuto». Y después de un rato: «Oiga, querría ver al Señor Director». «Pues ya lo está viendo». «Quiero decir al Director, al Director del Colegio». «Pues eso, yo soy el Director. Vamos al despacho. Usted dirá».

El, que se sirvió tanto del teatro para entretener y educar a niños y mayores, lo convirtió también en atracción interesantísima con sus populares muñecos; y con ellos, cuántos diálogos, cuántos cuadros, cuántas obras «en horas veinticuatro pasaron de las musas al teatro». «Pepito, Bartolo, Canuto, "Tofol" y la "Sogra" ...».

Por el año 1950 hubo en Valencia un brillante Congreso Catequístico Nacional bajo la presidencia del Arzobispo Don Marcelino Olaechea y de 15 Obispos más.

Personas muy competentes fueron presentando sus conferencias y conclusiones: mucha ciencia, mucha erudición, ¿alguna indigestión mental? Nuestro Don Marcelino quería un complemento práctico, algo vivencial, que se masacara con facilidad. Y llamó a Don Francisco Vallés: «Danos una lección de las tuyas».

Don Francisco subió al escenario con los muñecos. La gente no salía de su extrañeza, el Arzobispo se arrellanaba a gusto en su asiento y sonreía pícaramente (¡muy él!), los Obispos algo adivinaban, los conferenciantes se retiraron discretamente. Se sentó Don Francisco en medio del escenario. Sobre sus rodillas, «Pepito y Bartolo». A un lado, «Canuto».

«¡Cuánta gente!» comentó enseguida el bueno de Pepito.

«¡Cuánto Cura!» continuó el rojillo de Bartolo «y algunos son de los míos. ¿No ves que van vestidos de rojo?». Y con la cara roja como el tomate, cabello negro encrespado, ojos saltones, boca sonriente, voz desenfadada, movía la cabecita redonda con enorme desparpajo.

Brotó espontánea la risa de los congresistas: el interés estaba captado, la atención se hizo expectante, tanto más que ya hacía además de hablar el mismo Don Francisco.

Don Francisco en dos palabras les explicó a los simpáticos muñecos el porqué de aquella reunión. Y en otras dos, cómo entre los tres tenían que desarrollar la lección de Catecismo. «Será contando conmigo, si es que les dejo» apostilló el muñeco Canuto con voz de infierno.

La lección versaba sobre la confesión. Don Francisco era el catequista, Pepito el niño bueno, Bartolo el descreído y zumbón, Canuto el demonio. Las breves enseñanzas del catequista, las muchas preguntas de «los niños», las chispeantes ocurrencias, las oportunas correcciones y rectificaciones, las escenas del vivir ordinario con su gracia y salero insuperables, las intervenciones maléficas de Canuto en las dudas y luchas espirituales de Bartolo... grabaron poderosamente la lección práctica en la mente de todos e hicieron que la hora pasara como un instante. Era la pedagogía catequística vivida que quería Don Marcelino y, que siendo Inspector, tanto se la inculcó a Don Francisco Vallés.

Don Francisco sabía estar a la altura, pero se encontraba mejor en el valle: era lo suyo.

Francisco: testimonio vivo de su fecundidad apostólica, de su corazón oratorio. Y unos días más tarde, al final de la misa de octava, oíamos en la iglesia por cinta magnetofónica su canción de «La Madre»: la madre de la tierra que aconseja, llora y recobra al hijo, la madre que necesita el auxilio de la Madre del cielo.

Descanse en paz este benemérito salesiano, y que el Señor nos conceda salesianos de su talla.

Unidos en la oración.

Alcoy, 9 de julio de 1985.

Benjamín Juaristi
Director

DATOS PERSONALES

Sacerdote Francisco Javier Vallés Obiol.

Nació en Alcalá de Xivert (Castellón) el 30 de noviembre de 1905.

Falleció en Alcoy el 9 de junio de 1985

A los 79 años de edad, 54 de profesión y 44 de sacerdocio.

Fue 12 años Director y 9 «Incaricato».